

Samovar

Ocurrió esto en una noche de verano, en la casa de campo.

En la pequeña habitación, sobre la mesa junto a la ventana, había un samovar panzudo que miraba al cielo, cantando ardientemente:

¿Notas, tetera, que la luna
está extraordinariamente enamorada del samovar?

La cuestión es que la gente olvidó cubrir la chimenea del samovar con el apagador y se fue, dejando la tetera sobre el hornillo; había mucho carbón en el samovar y poca agua, por eso hervía, jactándose ante todos del brillo de sus costados de cobre.

La tetera era viejecita, con una grieta en el costado, y le encantaba burlarse del samovar. Ella también empezaba a hervir; esto no le gustaba, así que levantó su hocico hacia arriba y le silba al samovar, provocándolo:

La luna te mira
desde las alturas,
como a un excéntrico,
¡ahí lo tienes!

El samovar resopla vapor y refunfuña:

Para nada. Nosotros somos vecinos.
Incluso algo parientes:
ambos hechos de cobre,
pero ella es más opaca que yo,
esa lunática pelirroja,
¡mira qué manchas tiene!

¡Ay, qué fanfarrón eres,
ni siquiera es agradable escucharte!

—silbó la tetera, lanzando también por su hocico vapor caliente. Este pequeño samovar, en verdad, le encantaba presumir; se consideraba listo y guapo, hacía tiempo que deseaba que bajaran la luna del cielo e hicieran de ella una bandeja para él.

Resoplando con aire altivo, como si no hubiera oído lo que le dijo la tetera, sigue cantando con todas sus fuerzas:

¡Uf, qué caliente estoy!
¡Uf, qué poderoso soy!
Si quiero, salto como una pelota
hacia la luna, más alto que las nubes!

Y la tetera sigue silbando lo suyo:

Miren con quién hay que hablar,
con tal personaje.
En vez de hervir agua en vano,
¡intenta saltar tú, a ver!

El samovar se calentó tanto que se puso todo azul y tiembla, zumbando:

Herviré un poquito más,
y cuando me aburra,
de un salto saldré por la ventana
¡y me casaré con la luna!

Así siguieron ambos hirviendo y hirviendo, impidiendo dormir a todos los que
estaban sobre la mesa. La tetera se burla:

Ella es más redonda que tú.

Pero en ella no hay carbones,
—responde el samovar.

La lechera azul, de la cual habían vertido toda la crema, le dijo al azucarero de
vidrio vacío:

¡Todo vacío, todo vacío!
¡Estos dos ya cansan!

Sí, su charla
me irrita también a mí,
—respondió el azucarero con voz dulzona. Era grueso, ancho y muy risueño,
mientras que la lechera era un señorcito jorobadito de carácter melancólico y con
solo un asa; siempre decía algo triste:

¡Ay! —dijo—,
en todas partes hay vacío, en todas partes sequedad,
en el samovar, en la luna.

El azucarero, estremeciéndose, gritó:

¡Una mosca se metió dentro de mí
y me hace cosquillas en las paredes...!
¡Oh, oh, tengo miedo
de echarme a reír ahora mismo!
Será extraño
oír una risa de cristal...

—dijo tristemente la lechera.

Despertó el apagador sucio de hollín y tintineó:

¡Dzin! ¿Quién está silbando?
¿Qué conversaciones son estas?
¡Hasta la ballena duerme de noche,
y ya casi es medianoche!

Pero, al mirar al samovar, se asustó y sigue tintineando:

¡Ay, la gente se ha ido toda
a dormir o a pasear,
y mi samovar
puede desoldarse!

¿Cómo pudieron olvidar
de mí, el apagador?
¡Bueno, ahora tendrán que rascarse la cabeza!

Entonces despertaron las tazas y comenzaron a traquetear:

Nosotras somos tazas modestas,
¡nos da igual todo, todo!
¡Esas mañanas
ya las conocemos desde hace tiempo!
No tenemos frío ni calor,
¡estamos acostumbradas a todo!
Samovarcito fanfarrón,
¡no te creemos ni pizca!

Refunfuñó la tetera:

F-fu, qué calor,
me abrasa desesperadamente.
Esto no es casualidad,
¡esto es extremadamente!

Y ¡reventó!

El samovar se sentía muy mal: el agua dentro de él hacía tiempo que se había evaporado por completo, y él estaba al rojo vivo; el grifo se le había desoldado y colgaba como la nariz de un borracho, una asa también se le había dislocado, pero aún se hacía el valiente y zumbaba, mirando a la luna:

¡Ah, si ella fuera más clara,
si no se escondiera de día,
compartiría con ella
agua y fuego!

Entonces viviría conmigo
sin aburrirse,
y llovería siempre
¡té!

Ya casi no podía articular palabras y se inclinaba de lado, pero aún murmuraba:

Y si de día ella debe acostarse a dormir
para que de noche brille más claro su fondo,
¡yo podría asumir de día y de noche
las obligaciones del sol!

¡Y daré a la tierra más luz y calor,
pues soy más ardiente y más joven que él!
Brillar noche y día no es propio de su edad,
¡pero para una cara de cobre eso es tan fácil!

El apagador se alegró, rueda por la mesa y tintinea:

¡Ah, esto es muy bonito!
¡Esto es muy halagüeño!
¡Yo apagaría el sol,
ay, qué interesante!

Pero entonces ¡crac! El samovar se hizo pedazos, el grifo picoteó en la taza enjuagadora y la rompió, la chimenea con su tapa se asomó hacia arriba, se balanceó, se balanceó y cayó de lado, rompiendo el asa de la lechera; el apagador, asustado, rodó hasta el borde de la mesa y murmura:

¡Miren: la gente siempre
se queja de su destino,

y olvidaron poner
el apagador sobre la chimenea!

Y las tazas, sin miedo alguno, ríen a carcajadas y cantan:

Había una vez un samovar,
pequeño, pero fogoso,
y una vez no cubrieron
el samovar con el apagador!

Había en él fuerte calor,
y poca agua;
el samovar se desoldó,
¡ese es su camino,
ese es su camino-o!